

Uno puede morirse de país

Un secreto prodigioso.

Crónicas y reportajes a nueve grandes creadores colombianos

Juan Grissolle, Gustavo Tatis
y Faneth Serrano

Barú Editores, Bogotá, 2003, 307 págs.

Uno de los grandes desafíos a la hora de reseñar un libro es encontrar referentes con los cuales compararlo. La creación literaria, así como los estudios científicos, no es independiente de su época, por lo cual aquello que hace sólo un par de decenios parecía novedoso hoy puede parecernos un terreno explotado hasta el abuso. O puede darse el caso contrario: igual que sucedió con el heliocentrismo o con la evolución de las especies, en el campo de las ciencias, puede darse en las letras que un enfoque sea juzgado en un primer momento como un gran disparate y más tarde acabe imponiéndose como una mina de gran riqueza y una verdad aceptada por todos. Por ello, el reseñista no tiene más opción que comparar a la obra de cuyo estudio está encargado con otras similares escritas en el pasado, para buscar en qué se diferencia y cuánto de original hay en ella.

Para realizar esa comparación, un primer paso es buscar el grupo dentro del cual se inscribe la obra que se va a reseñar. En la mayoría de los casos, la asociación es inmediata y la clasificación de la obra resulta tan fácil que el paso se da de forma automática, por lo cual ésta queda inmediatamente clasificada dentro de algún gran grupo, como “literatura contemporánea”, “estudios sociales”, “crónica periodística” o “material didáctico”. Pero no siempre ocurre así, y hay libros cuya pertenencia a determinada disciplina, bien sea de las artes o de las ciencias, no resulta clara. La razón más común de esta situación, aunque no es la única, es la combinación de varios objetivos disímiles dentro de un mismo libro. Y cuando esto ocurre,

es posible que el mismo libro resulte un desacierto desde uno de sus enfoques y un acierto desde el otro. Es el caso de *Un secreto prodigioso*.

Con las entrevistas y crónicas “a nueve grandes creadores colombianos” —no sólo artistas, se podría agregar, pues hay también en estas páginas científicos, políticos y deportistas—, *Un secreto prodigioso* aspira a cumplir dos grandes objetivos: por un lado, contribuir al estudio del fenómeno creativo, a develar *Un secreto prodigioso* (“¿Cómo se descubre el talento? ¿Cómo se desarrolla la creatividad? ¿Qué relación tienen entre sí?” [pág. 16]); por otro lado, convertirse en material didáctico que estimule el desarrollo de los talentos personales entre la juventud colombiana (“Niños y jóvenes encontrarán en estas páginas los verdaderos modelos que ellos y el país necesitan” [pág. 23], “un proyecto pedagógico que permitirá a nuestros niños y jóvenes acceder a mejores y más deseables modelos de ciudadanos” [pág. 260]).



El estudio del fenómeno de la creatividad y la enseñanza de modelos creativos a los niños pueden parecer a primera vista objetivos afines. Pero no lo son en modo alguno, y ese es el origen de la principal falencia de este libro. Por su esencia misma, la educación busca desarrollar en los niños y jóvenes valores que la sociedad encuentra positivos. Pero la creatividad, como cualquier otra posibilidad humana, no es “positiva” en sí misma: el que se la use para objetivos constructivos o destructivos dependerá de quien la em-

plee. Para dar sólo un ejemplo, la “industria creativa” más próspera del mundo en nuestro tiempo no es la literatura precisamente, sino la fabricación de armas. Mientras el lector lee estas líneas, hay decenas de miles de ingenieros y técnicos que en este mismo momento se estrujan los sesos pensando cómo construir ametralladoras que disparen miles de balas por minuto o cómo convertir a los satélites en armas capaces de destruir a toda una ciudad.

Esto no está, por supuesto, en *Un secreto prodigioso*, y es entendible que así sea, dada su segunda naturaleza: la pedagógica. Pero, lamentablemente, no es posible estudiar a fondo los procesos que conducen a la creatividad si se censura la mitad: su lado más oscuro. Lo único que se puede hacer en tal caso es una apología de la creatividad, que resalte sus áreas más iluminadas, como las artes y las ciencias. Pero incluso en estas áreas se deben eliminar los aspectos más incómodos, por lo cual el discurso debe construirse con base en generalizaciones como la siguiente: “Un factor determinante y decisivo en la detección del talento y el desarrollo de la creatividad correspondiente, es la atmósfera de amor, respeto y libertad en la que debe crecer toda persona genial” (pág. 19). Una declaración tan bonita como poco cierta, pues varios de los grandes artistas de la humanidad crecieron en ambientes donde el amor era la excepción y no la regla.

Así, luego de la lectura de este libro y a partir de declaraciones bienpensantes como la anteriormente citada, en relación con el arte podríamos creer que en general sus practicantes son seres en extremo funcionales (olvidándonos de las neurosis agudas de Beethoven y Van Gogh, entre tantos otros); que la familia de todos los artistas suele ser un gran apoyo y ellos a su vez padres ejemplares (olvidándonos del pobre Kafka, por un lado, y de las anécdotas traumáticas de la familia Picasso, por el otro); y que la voluntad, el talento y la dedicación garantizan el éxito (olvidándonos de que al mismo Bach, padre de la música moder-

na occidental, sus contemporáneos no lo apreciaron en su justa medida y lo habríamos perdido del todo de no ser por Mendelssohn, quien lo “redescubrió” después de casi un siglo —aunque en el entreacto buena parte de su obra se haya extraviado para siempre, inclusive tres de sus *Pasiones*—).

Para resumir, por obviar el lado más amargo del fenómeno creativo, *Un secreto prodigioso* no puede ser tomado en serio como un estudio de la creatividad. Sin embargo, si volvemos la mirada y lo vemos desde su otro enfoque, si lo contemplamos como material didáctico para jóvenes, este libro puede incluso llegar a destacar entre otras obras del género.

Primero, la elección de los personajes resulta sumamente acertada. Antes que limitar el término *creatividad* a una concepción estrecha, asociada únicamente al arte, los autores de este libro decidieron abrir el espectro e incluir otras profesiones, como la medicina, las ciencias sociales, el deporte o la política misma. Por ello, aunque cinco de los nueve entrevistados son artistas, el conjunto da una impresión de variedad. Las nueve personas entrevistadas en este libro, todas figuras ampliamente reconocidas en sus respectivos campos, son las siguientes: Cristian del Real (músico); Gabriel García Márquez (escritor); Martha Senn (cantante lírica); Joe Arroyo (cantante de música caribeña); Alejandro Obregón (pintor); Jaime Jaramillo Uribe (historiador); Manuel Elkin Patarroyo (médico inmunólogo); Francisco Rojas Birry (político); y Carlos, “El Pibe”, Valderrama (futbolista). Gracias a esto, cada joven lector podrá encontrar un entrevistado en particular que esté relacionado con sus propias aficiones de una forma más o menos directa.

Como lo pedagógico está estrechamente vinculado con la enseñanza moral, influye también el que todos sean figuras que han alcanzado el éxito a través de un trabajo constante, que además encuentran un gran placer en desarrollar al máximo su propio talento, lo cual los convierte en “modelos positivos”, ideales para contrapesar otras influencias a los

que muchos jóvenes están expuestos en nuestra sociedad, como son la prédica mediática de un materialismo extremo, el culto a las apariencias, o la posibilidad del enriquecimiento rápido por medios ilícitos. Además, como las entrevistas están basadas en recuerdos de estos personajes sobre su propia vida, gracias al poder de la anécdota ellos se nos acercan durante la lectura. Muchos lectores jóvenes se sentirán, entonces, identificados con los personajes por compartir con ellos las mismas necesidades y dificultades. ¿Cuántos jóvenes colombianos, por ejemplo, no se reconocerán en el recuerdo de Francisco Rojas Birry, mucho antes de que éste llegara a ser senador, cuando debía caminar hora y media para ir a la universidad, por carecer de los cuatro pesos con cincuenta centavos que costaba el pasaje de bus?:



Llegar a la universidad sin libros, sin cuadernos para apuntes, estar pidiendo hojas y prestando lápiz todos los días a los compañeros. Ir a la biblioteca todas las mañanas a estudiar y el resto de la mañana asistir a clases. Algunos amigos me invitaban a tinto y llegaban a las dos de la tarde y aún no tenía qué almorzar. Todo eso me llevó a volver a pensar: —“¡Caramba, si esto puede servir de algo, debe ser para el beneficio de mi pueblo!”. [pág. 276]

Igualmente, las anécdotas dichas ayudan a desmitificar el espectro de la fama, a identificarlos como hom-

bres y mujeres contruidos con la misma arcilla, pues también en la alegría y la fiesta los seres humanos nos reconocemos unos a otros como miembros de la misma especie. Así, hay un García Márquez que recuerda sus sábados de baile en Torices y Getsemaní:

Íbamos de puerta en puerta buscando el baile de un sábado en el patio de una casa. Y a la madrugada se formaban unas peloterías por una novia. [pág. 99]

O un Manuel Elkin Patarroyo que recuerda:

Un día de noviembre vine a Cartagena con veinte científicos del mundo, y terminamos participando de incógnito en las fiestas de las balleneras. Parecíamos unos patos. Había que ver a Bruce Merrifield, premio Nobel de química en 1984, en una barcaza, echándole baldados de agua de la bahía a dos Nobeles más que iban a bordo. Se imaginan eso: veinte de los más brillantes científicos del mundo en Cartagena, como patos, buscando baldes para echarse agua. Eso solamente ocurre en una ciudad privilegiada como Cartagena, en donde un ser especial como Bruce Merrifield participa en una fiesta de balleneras, y luego se va a Estocolmo a recibir el premio Nobel. [págs. 242-243]

Una última observación es que, como este libro está escrito a varias manos, “irregular” es la palabra más apropiada para definir su estilo. Cinco de sus entrevistas y crónicas fueron escritas por Gustavo Tatis Guerra, tres por Juan Grissolle y Blas Gamboa, y una por Faneth Serrano. Como Gustavo Tatis Guerra es, hoy por hoy, uno de los más importantes periodistas culturales del país y ha escrito ya varios libros de poemas, uno no debería extrañarse entonces de que el salto de uno a otro autor a veces se sienta en forma extrema. Las entrevistas y crónicas de Juan Grissolle,

Blas Gamboa y Faneth Serrano —aunque a veces caigan en el exceso de adjetivos o en el uso de términos especializados, poco apropiados para el lector juvenil al que aspiran a dirigirse— ciertamente cumplen su objetivo: dar a conocer el personaje. Pero Gustavo Tatis Guerra va más allá: antes que acercarnos al personaje, a veces consigue meternos dentro de su piel y, por momentos, nos hace pensar en un Zweig que usara técnicas narrativas contemporáneas. Ello lo consigue gracias a que, antes de combinar la entrevista con la crónica, se arriesga a fusionarlas, así como a cambiar el punto de vista de su narrador múltiples veces en un mismo texto. Pero especialmente porque parece estar siempre a la caza de la frase definitiva, ésa que luego de leerla quedará resonando en nuestra memoria, como las siguientes: “Lo más difícil de todo es saber atornillar las mentiras” (Gabriel García Márquez con respecto de la novela histórica [pág. 95]); “Para mí una canción es una pequeña novela de tres minutos” (Joe Arroyo [pág. 153]); “Viéndolo bien, yo no pinto cosas, pinto emociones” (Alejandro Obregón [pág. 175]); “¿Qué otro premio debe merecer uno sino la salvación de otro semejante?” (Manuel Elkin Patarroyo [pág. 248]); “Uno puede morir de país” (Carlos, “El Pibe”, Valderrama [pág. 305]). Pero, además, añade a ello más de una expresión de igual calidad de su propia cosecha, como cuando dice de Alejandro Obregón: “Le fascinaba el peligro, ese riesgo de combinar un verde veronés con un rojo y un lila con amarillo, un gris con un azul rey” (pág. 179). O cuando describe el estado anímico de “El Pibe” Valderrama de la manera siguiente:

Mira el campo de juego, más verde y más triste que nunca, y sus pies no son ágiles, le duelen las plantas de los pies como si hubiera recorrido un desierto. Se sienta en la arquera y se acaricia las orejas. Él tampoco lo sabe: ¿En qué instante del destino el ascenso es una forma de la caída? [pág. 305]

Para concluir, y debido a todo lo anterior, *Un secreto prodigioso* no puede verse como una obra que aporte nuevos elementos al estudio del fenómeno de la creatividad, pero sí como una recopilación de testimonios con más de un momento brillante. Son nueve creadores, nueve seres humanos con una historia personal fascinante, que seguramente recordarán a muchos jóvenes talentos colombianos que no están solos en su lucha de todos los días, que no hay otra alternativa digna que apostarle a la esperanza. Pero incluso si resulta que un único joven consigue extraer nuevas fuerzas de este libro para internarse en el difícil sendero de lo creativo, el balance será sin duda positivo.

ANDRÉS
GARCÍA LONDOÑO

Barbaridades agradables

Cuatro naufragos de la palabra. Diálogo compartido con Héctor Abad Faciolince, Arturo Alape, Piedad Bonnett y Armando Romero
Augusto Escobar Mesa
Fondo Editorial Universidad Eafit,
Medellín, 2003, 211 págs.

El contenido central de *Cuatro naufragos de la palabra* son las entrevistas de Augusto Escobar Mesa a dos escritores de origen antioqueño —Héctor Abad Faciolince y Piedad Bonnett— y dos vallecaucanos —Arturo Alape y Armando Romero—. Estas entrevistas —acompañadas de un corto ensayo introductorio sobre cada escritor y de su respectiva bibliografía— son “diálogos” en el sentido más sociocrático del término: más que conversación casual, espontánea, el entrevistador, Augusto Escobar Mesa, se encarga de que la estructura de las entrevistas nunca se desvíe de su fin expreso; el cual, en palabras de él mismo, consiste en buscar

“una mejor comprensión de sus obras a partir del cruce indistinto de vida, lecturas, experiencia cultural acumulada y asimilada, mundo individual y familiar, visión del mundo particular y acervo imaginativo, que se revela en cada respuesta de ellos como desafío al olvido y consolidación de la memoria” (pág. 18).



Esta construcción programática obedece a un hecho concreto en *Cuatro naufragos de la palabra*, la dicotomía académico-escritor está presente en forma constante, incluso en el lenguaje, donde a veces se tiene la impresión de que el entrevistador y los entrevistados hablan dos versiones distintas del español, como se puede apreciar en la siguiente pregunta, y su respectiva respuesta, tomada de la entrevista a Arturo Alape, a raíz de que éste había dicho que buscaba el desglose de dos discursos: el político y el literario.

[Escobar Mesa] *¿Significa esto que ha habido un cambio de concepción, que busca superar la postura de un realismo socialista—el cual pretendía dogmáticamente que había una homología entre la realidad literaria y la realidad social— para dar paso a lo que Edmond Cros, en su teoría Sociocrítica, plantea: que las mediaciones entre las estructuras textuales y las sociales se dan en y por el lenguaje? O lo que de una manera más poética quería decir Gauthier con su frase: “la estatua trasciende la ciudad”, es decir, va más allá de su tiempo.*